

Revista de Estudios Taurinos  
N.º 16, Sevilla, 2003, págs. 327-331

Forneas, M.<sup>a</sup> Celia (2002): *Periodistas taurinos españoles del Siglo XIX*, Madrid, Fragua.

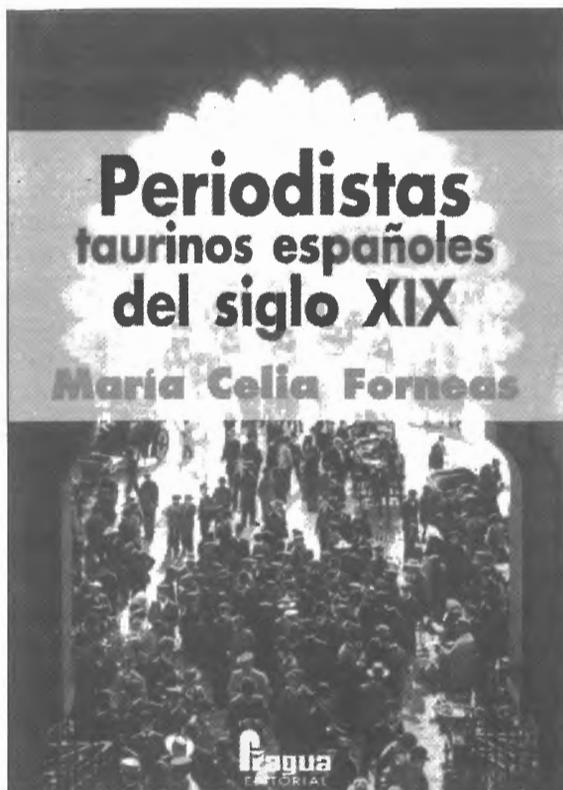


Fig. n.º 52.- Cubierta del libro *Periodistas taurinos españoles del siglo XIX*, de Celia Forneas.

Hace poco más de un siglo allá por finales del revolucionario siglo XIX, un grupo de intelectuales de primera fila acusaron a la Fiesta de Toros de la ingente cantidad de avatares que sufría España. Sin duda influidos por la más áspera tradición ilustrada encontraron en las corridas de toros el chivo expiatorio que necesitaban para explicar las causas del desgaste de la vida política, social y cultural española.

Los «regeneracionista» impusieron una falsa pedagogía que importaron de Francia y culparon a los aficionados de las pérdidas de las últimas colonias en el continente americano más Filipinas, poniéndose fin al vasto poderío hispano que databa de la época de los Reyes Católicos.

La corrupción política no era fruto de un sistema bipartidista, enfangado por caciquil y falso por corrupto sino por la desatada pasión que el pueblo sentía por este ancestral rito de la vida y la muerte. La práctica de «el pucherazo» era consecuencia de la desidia del pueblo por la política y su arrebató por los toros y en ningún caso por las ansias de mantenerse en el poder de unos políticos que vivían de espaldas a sus votantes.

Con el paso del tiempo las lanzas se transformaron en cañas y la Generación del 27, nuestro grupo poético más destacado del siglo que acabamos de cerrar, propició que el toreo abandonase el mundo marginal de lo castizo, los lances de capas y espada y el «pintoresquismo». «La cultura de la muerte», decía García Lorca, recogiendo la tradición vitalista de Nietzsche.

«En los toros, el espíritu de la tierra adquiere sus acentos más impresionantes, porque tiene que luchar, por un lado con la muerte, que puede destruirlo, por otro lado, con la

geometría, con la medida, base fundamental de la fiesta». *Teoría y juego del duende* (García Lorca, 1966:119).

A pesar de este nuevo impulso, de este nuevo halo de misterio que rodeó a la Fiesta, el mundo académico permaneció impassible, rígido a las innovaciones y siguió arrastrando esa pesada losa de la tradición, que imponía la defenestración de todo aquello que tuviese reminiscencias taurinas.

Celia Forneas tuvo la enorme valentía para lanzarse al arduo y peligroso ruedo de la investigación taurina. Fruto de ese primer arrebató intelectual dio a la imprenta, *Toros en Madrid*. Ese fue su primer trabajo, minucioso, serio y sorprendente no sólo porque una profesora del Departamento I de Periodismo de la Complutense arriesgara su prestigio docente, sino porque sacaba a la luz datos hasta entonces, 1994, ignorados por la inmensa mayoría de aficionados.

Hoy nos presenta una nueva obra preñada de historia y cargada de útiles citas tan reveladoras como agudas e ingeniosa. Con la publicación de este nuevo libro caen un gran número de mitos no sólo periodísticos sino también taurinos, que ella misma ensalzó en sus anteriores publicaciones.

Nótase pues que el trabajo infatigable, diario y constante, el empeño serio, incansable y riguroso, que son las técnicas que pone en práctica Celia, da sus frutos. Para que sirva como botón de muestra, la autora razona inteligentemente por qué no se puede considerar al relato de la cuarta corrida de toros firmada por Un Curioso y publicado en el *Diario de Madrid* el 20 de junio de 1793, la primera crónica taurina.

Aunque contiene la información de ese evento taurómico, no contiene los elementos propios de una crónica taurina. A lo sumo, nos dice, podríamos asemejarlo a lo que

actualmente se conoce como cartas al director. Propone una nueva fecha y un medio de comunicación distinto. A saber, 16 de julio de 1828 y la publicación lleva por título *Correo Literario y Mercantil*.

A diferencia del texto de el *Diario de Madrid* que era una mera descripción, el de *El Correo* sí tiene elementos de juicios de valor. Ahora bien, hay que esperar hasta una fecha más tardía, 1837, para que el relato taurino vaya firmado, año en el que Santos López Pelegrín Abenámbar empieza a firmar sus relatos taurinos en *El Porvenir*.

No se busque en estas doscientas y largas páginas una prosa salmódica, musical, ni tampoco recargada de florilegios retóricos. Se aporta un frío relato de acontecimientos históricos, de evidencias casi olvidadas, hecho de verdades verificables a través de la extensa bibliografía que acompaña a cada uno de los ocho capítulos que componen esta historia del periodismo taurino.

Con un discurso magno, seco, duro y a veces farragoso y de difícil lectura por la cantidad de citas que recoge, se nos muestra las formas de pensar, sentir, hacer, en definitiva, el *modus operandi*, de las plumas más destacada del siglo XIX y principios del XX. Ese es el objetivo cumplido de la primera parte del libro (capítulos de I a VII).

Se ofrece una interesante biografía de estos periodistas, pero se echa en falta la aportación de la autora. Como el libro está inmejorablemente documentado, el lector necesita la reflexión autorizada de la autora, a la que por perentoria necesidad considera docta en la materia.

En los dos últimos capítulos, que conforman la segunda parte del libro, sí florece el arriesgado sentido de la res-

ponsabilidad intelectual de Celia Forneas. Propone una nueva teoría, si se quiere, sobre el origen y evolución de la crónica taurina.

Tomando de su anterior trabajo, *La crónica taurina actual*, lo que ha permanecido inmutable tras esta investigación y superando lo que ya ha quedado desfasado. En esta última parte si que toma al toro por los cuernos y aborda temas escabrosos y de difícil solución. Según nuestro juicio triunfa, cortando dos orejas y rabo, pues ofrece nuevos datos sobre un tema tan poco estudiado como el de la crónica, en general y la taurina en particular.

Libro que desde ya, debe figurar en todas las bibliografías que se precien de hacer un estudio riguroso sobre el periodismo español del siglo XIX. Obra más que recomendable para los aficionados en general y los amantes de la historia en particular. Y relato, que debería ser obligatorio para todos los alumnos de Ciencias de la Información que aspiran a convertirse en grandes periodistas, no sólo taurinos sino de cualquier parcela de la actualidad.

Juan Carlos Gil González  
Universidad de Sevilla

